Chile: partidos políticos, democracia y dictadura, 1970-1990

*Ángel Flisfisch**

Lo primero que aparece como destacable es la naturaleza del libro que aquí se comenta. Casi sin excepción, los libros hasta hoy publicados sobre el periodo 1970-1990 son descripciones en las que se narran acontecimientos que siguen primordialmente un orden cronológico, con base en investigaciones periodísticas, experiencias o visiones personales, y según un formato cercano a las “memorias” o esfuerzos historiográficos de cuño más bien convencional.

En algunos casos hay esfuerzos de interpretación, pero hasta ahora no han logrado trascender lo que podríamos llamar un cierto “saber convencional” sobre las causas de los hitos relevantes del periodo —el fracaso de la Unidad Popular (UP),

*Ministerio Secretaría General de la Presidencia, gobierno de Chile.

Yocelevzky, Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura, 1970-1990*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2002.

el golpe, el gobierno militar, los eventos de la transición—, “saber convencional” que emerge tempranamente y que se consolida, constituyendo una suerte de materia prima básica de comprensión colectiva, de sentido común, acerca del periodo. Entre otras cosas, este libro reacciona precisamente contra ese “saber convencional”, de manera explícita. Lo hace en la introducción (véanse pp. 13-14):

1. La destrucción del sistema político chileno en 1973 se debió a una polarización ideológica inducida desde el exterior, al menos parcialmente, por factores tales como la Revolución Cubana.
2. Eso se podría haber evitado si la Unidad Popular y la Democracia Cristiana hubieran llegado a un acuerdo.
3. Pinochet y sus allegados “abrieron” la posibilidad de un retorno a la democracia.
4. La actual composición de la alianza política que gobierna Chile expresa la

maduración y el aprendizaje de las lecciones del pasado.

Las alternativas propuestas son:

1. La polarización que se produjo en Chile estuvo determinada por la permeabilidad de los partidos políticos, en particular la izquierda, a las demandas de las clases sociales subordinadas. Si la radicalización ideológica exterior (generalizada en América Latina) desempeñó un papel, éste se expresó en las alternativas de radicalización dentro del sistema de partidos y alianzas de partidos existentes: socialistas, comunistas y asociados en la Unidad Popular, o bien en la izquierda extraparlamentaria.

2. Lo que se negociaba entre la Democracia Cristiana y el gobierno de la Unidad Popular en 1973 era la subsistencia del sistema, cuando la Democracia Cristiana ya estaba subordinada a la estrategia de destrucción de ese sistema.

3. La transición chilena fue el producto de un enfrentamiento en el que se redefinieron las relaciones entre las fuerzas sociales y sus representaciones políticas —los partidos políticos— y en que la amplitud del espectro ideológico y la permeabilidad de los actores políticos a las demandas sociales fueron redefinidas a través de la reconstrucción del sistema de partidos.

4. Los acuerdos y alianzas en el actual sistema de partidos, reconstruido, reflejan las relaciones de fuerzas ideológicas entre las distintas partes de la élite profesional de la política, a partir de la redefinición del proyecto nacional de desarrollo hecha por la dictadura.

Podríamos decir que, en parte, la naturaleza del libro es revisionista, según el significado que la palabra tiene en el mundo contemporáneo de los historiadores académicos.

Pero, más allá de eso que hemos calificado de “revisionismo”, lo esencial de la obra es su carácter analítico, y en esta aspiración analítica el autor no hace concesiones. La obra es politológica, es el esfuerzo riguroso y metódico de un científico o cientista político, que se propone como objetivo explicar el proceso político chileno en el periodo 1970-1990, y explicarlo a partir de determinadas herramientas teóricas que a su vez integran la “caja de herramientas teóricas” de una determinada escuela o tendencia en el seno de la disciplina.

Un segundo punto que desearía destacar, y que está estrechamente relacionado con el anterior, es que, en consonancia con su naturaleza científica o analítica, la obra está construida a partir de una aspiración de neutralidad axiológica —de objetividad, si se prefiere— que se mantiene con una disciplina personal y un esfuerzo espartano a lo largo del texto. Tanto los juicios de valor como los adjetivos expresivos de afectividades o estados emocionales son menos que infrecuentes. Desde el punto de vista de la historia personal del autor —una víctima de la represión, encarcelado en un campo de concentración, exiliado por un largo periodo, definitivamente forzado a escoger una segunda patria—, este estoicismo al servicio de una vocación científica es más que admirable.

De la misma manera, quiero subrayar otro esfuerzo también visible a lo largo

de la obra: el celoso cuidado por evitar todo tipo de proposiciones que pudieran implicar concesiones gratas a determinados grupos, corrientes de opinión o sensibilidades particulares. El compromiso del autor es con su opción teórica, con el rigor científico inherente a su vocación, y con la aspiración a producir conocimientos válidos a partir de ellos.

Vale la pena detenerse —mas no de manera superficial— en lo que podríamos llamar el marco teórico que otorga al análisis su coherencia y del que deriva la lógica de la exposición, la lógica que estructura la obra. Digo superficialmente, porque no es un libro de lectura fácil. Una reseña no puede dar cuenta de él, sólo su lectura puede hacerlo. El protagonista central de la explicación que construye el autor es el sistema de partidos. Los partidos individuales que lo integran, sus comportamientos a través del tiempo, sus sucesivas decisiones estratégicas y la interacción estratégica entre ellos, y que esas decisiones van gatillando y conformando, adquieren sentido por referencia al sistema de partidos. A la vez, los partidos, sus comportamientos, sus decisiones y las interacciones estratégicas entre ellos “ponen en obra” —en el sentido teatral de la representación o actuación específica y particular de una obra o texto— al sistema en su manifestación empírica, que es dinámica, temporal: lo van reproduciendo socialmente. Por consiguiente, lo que explica el proceso político bajo análisis, en sus diversos momentos o periodos, es el sistema de partidos. El punto es crucial. El sistema de partidos es uno de los núcleos estructurales de la puesta en obra de una

democracia particular, aunque no el único. Actores individuales, como personalidades políticas, o actores más colectivos, como élites y dirigencias, actúan bajo grados de libertad significativamente restringidos.

Volviendo al símil teatral, *La tempestad* de Shakespeare puede ser objeto de representaciones, “puestas en obra” particulares, históricamente situadas, y sin duda las personas concretas —actores, director, escenógrafo, etc.— explican esa representación histórica contingente: Próspero, Ariel, Calibán y Miranda pueden ser interpretados de muy diferentes maneras y expresar sensibilidades y talentos personales muy diferentes, pero el texto impone restricciones más que importantes: es necesario representar, “poner en obra”, *La tempestad* y no, digamos, *El alcalde de Zalamea*. El sistema de partidos, como núcleo estructural, permite a los actores que lo ponen “en obra” libertades muy limitadas en el desempeño estratégico: reproducen en el tiempo —según la lógica que es peculiar al sistema de que se trata— los papeles que el sistema les ha asignado.

En las conclusiones del capítulo 7, el lector encontrará una descripción sistemática, sumamente precisa y clara, de este aparataje conceptual o teorización sobre el sistema de partidos como dimensión explicativa crucial, enriquecida ya por todo el análisis, históricamente situado, del proceso chileno de 1970-1990. Ciertamente, el sistema de partidos no es el único núcleo estructural de una democracia. Vale la pena leer lo que se afirma en las páginas 21-22. La construcción o elaboración analítica que nos ofre-

ce el autor comienza por destacar una de las dimensiones que, entiendo, se supone característica de todo sistema de partidos: lo que podríamos llamar encuadramiento ideológico básico del sistema. Es parte de todo sistema una constelación ideológica básica, que no sólo proporciona un primer encuadramiento a su dinamismo en el tiempo, sino que también confiere un sentido básico a la actuación de sus agentes.

En el caso de las democracias de los países centrales, afirma el autor, "el elemento ideológico que ha definido los límites de los sistemas políticos existentes hoy ha sido fundamentalmente el nacionalismo", sistema que incluye, como ya se ha reiterado, como dimensión crucial el sistema de partidos. En su desarrollo, ese enmarcamiento básico deviene progresivamente una ideología de integración social, particularmente a partir de los procesos de incorporación política de trabajadores urbanos y el surgimiento de partidos que buscan representarlos.

En el caso de los países latinoamericanos, ese elemento ideológico básico es la idea de un proyecto nacional de desarrollo integrador. En la mayoría de los casos, la política no logra ordenarse a partir de un sistema de partidos. La excepcionalidad chilena es que sí lo hace, pero lo que podríamos llamar ideologías específicas de los partidos que componen el sistema son, en definitiva, variantes de ese encuadramiento ideológico básico, bastante hegemonizado durante la segunda mitad del siglo XX por la versión cepalina del desarrollismo.

En este punto, quizás el análisis de Yocelzky pudiera haber sido más ex-

plícito en cuanto a las transformaciones de ese elemento ideológico que acota la reproducción del sistema de partidos en el tiempo. Como destacaré más adelante, el análisis muestra notables constancias a través de los periodos estudiados. Sin embargo, está claro que lo que hoy acota en términos ideológicos básicos al sistema de partidos es algo distinto que en 1970. Una lectura posible, ahora rescatando la articulación entre economía, sistema de partidos y política, de este proceso de tres décadas, es verlo como la transformación del elemento ideológico de proyecto desarrollista a orden económico expresivo del Consenso de Washington. Hay aquí otra dimensión que ulteriores refinamientos del análisis podrían incorporar.

Los dos primeros capítulos buscan explicar el periodo 1970-1973. Si bien en términos de hechos y eventos no hay mayores novedades, vale la pena destacar una dimensión que el autor privilegia y cuyo estatuto teórico es a mi juicio de gran relevancia. Se trata de la determinación del comportamiento estratégico de las élites por lo que podríamos llamar la dinámica endógena de cada partido: el movimiento de las relaciones entre élites (dirigencias), cuadros intermedios, militancias, bases y electorados. Si bien el análisis de Yocelzky aspira a ser totalizante, hay ciertamente una autonomía no menor en esta dirección. Es un poco la vieja pregunta sobre qué determina el actuar de los países en las relaciones internacionales: los factores domésticos, intranacionales, o los factores propiamente externos, y ciertamente la política doméstica explica mucho en este

ámbito. Lo que el autor destaca, a mi juicio, es que esa autonomía de la dimensión endógena, intrapartidista, viene dada en gran medida por el hecho de que otro aspecto crucial del sistema de partidos y su dinámica tiene que ver con la apropiación y consolidación de carreras y oportunidades por los políticos profesionales. En una medida no menor, la reproducción ideológicamente acotada del sistema de partidos en el tiempo se explica por la clase de incentivos, estructuralmente determinados, que operan sobre los políticos profesionales o los aspirantes a serlo.

Hay en el análisis algo más que reminiscencias weberianas y michelsianas. Aparte de que considero que es un punto de vista provisto de validez científica, “verdadero” si se me permite decirlo así, me gustaría subrayar la importancia del libro en este respecto, en términos de hacer frente a esa orientación hacia la romanticización de la política partidista, o aun hacia posturas edificantes o cabalmente hipócritas, que es un rasgo de nuestra cultura política.

Respecto de los capítulos 3 a 6, quisiera en esta oportunidad destacar sólo dos aspectos, el primero en relación con la recuperación del concepto de aparato de Estado para la explicación de la actuación militar. Olvidamos con frecuencia que la elaboración por Weber de la dominación burocrática no sólo persiguió fines de tipificación de una clase o tipo de dominación; además de haber establecido algo así como una relación orgánica entre dominación burocrática y capitalismo maduro, Weber confirió una autonomía significativa a la dominación

burocrática *per se*—hipotetizó una posible relación igualmente orgánica entre dominación burocrática y economías centralmente dirigidas o de comando—, a la vez que se planteó como altamente problemáticas las relaciones entre este tipo de dominación, sinónimo del Estado contemporáneo, y la política, particularmente la política en las democracias parlamentarias. La intuición o visión de Weber es que, al igual que sucede con las determinaciones de la política por núcleos estructurales como sistemas de partido e instituciones, también la dominación burocrática, o más precisamente los aparatos de Estado que son sus componentes, obedece a lógicas premunidas de esa misma objetividad como entre los partidos componentes de un sistema de partidos. Dicho de otra manera, el tipo específico de actuación de un aparato de Estado como el militar es altamente predecible en situaciones como la que se inició en septiembre de 1973. Ello explica las constancias a través de la historia contemporánea, por ejemplo en términos del empleo del terror por los aparatos de Estado: hay en ese empleo una lógica nítida que se impone a los propios agentes del terror. Es lo que subraya el autor en su análisis. Más allá de la finalidad precisa que se propone Yoczelevzky, esta revalorización del concepto plantea un conjunto de cuestiones relevantes no sólo para el Chile de hoy, sino de manera mucho más general para los posibles destinos del fenómeno democrático en el mundo.

El segundo aspecto que quiero destacar es la notable continuidad del sistema de partidos que uno puede observar al seguir la elaboración que hace el

autor. Aun la actuación de los partidos en el periodo que el autor denomina de “ascenso de la dictadura, destrucción y reemplazo del sistema político”, no puede sino evocar la lógica que caracterizó al sistema entre 1970 y 1973. Exactamente lo mismo es válido para las dos etapas siguientes. Ciertamente el desenlace es un sistema en que el enmarcamiento ideológico básico ha cambiado, el sistema electoral es otro, la naturaleza de los vínculos de representatividad se han alterado, etc. No obstante, y más allá de la permanencia de varios de los nombres, los temas estratégicos fundamentales, y por consiguiente las lógicas de interacción estratégica, no han cambiado esencialmente. Es probable que no se trate de una excepcionalidad chilena. En todo caso, parte de las bondades de la obra reside precisamente en dejar planteado un gran tema para la labor politoló-

gica: ¿qué explica esa clase de permanencias?

En suma, creo que esta obra, de una factura de calidad y seria, debería tener un impacto positivo tanto en nuestra politología doméstica como latinoamericana, que, la verdad sea dicha, no pasa por uno de sus mejores momentos. No quiero extenderme aquí sobre el estado de la disciplina, ni sobre las causas de esa situación, que en gran medida tienen que ver con la decadencia de nuestro sistema académico en lo que se refiere a ciencias sociales, con la excepción obvia de la economía. Pero lo cierto es que en este estado de cosas, no podemos sino agradecer al Fondo de Cultura Económica la publicación del libro de Ricardo Yocelévsky; la editorial reproduce así esa labor misionera, en el estricto sentido de la palabra, que constituye su identidad histórica en Chile y en toda América Latina.